

Para este número (37) de *Encuentros en Catay*, José Ramón Álvarez nos ha regalado un escrito titulado «Wu Wei, la No Acción taoísta», que a mí me parece más que sugerente, sobre la naturaleza política y filosófica que debería poseer un gobernante de una Sociedad o Nación, según dicta uno de los textos más universales que se han compuesto y han perdurado en la cultura humana, el *Tao Te Ching*. En el artículo nos viene a decir el profesor José Ramón Álvarez que el *TTC* entiende que al gobernante o estadista le incumbe la sabiduría y dirigir sus actuaciones con cautela (ser prudente y flexible) para conseguir siempre armonizar con sus decisiones la vida de su comunidad, es decir, alcanzar tales cualidades de equilibrio al aplicar las normas, reglas o leyes que tienen que regir toda sociedad que ha pervivido unida, que goza de lazos comunes, para que en el presente y en el futuro sea, exista y viva con la mayor calidad posible. Aquí, entonces, en este ejemplo de buena política del *TTC*, el texto nos traslada que para que se produzca el éxito de una colectividad el referente es el estadista, el político, y el desenlace depende de su educación, de su sapiencia y de su templanza.

En un texto anterior del mismo José Ramón Álvarez, «El *Tao Te Ching* como crítica política», *Encuentros en Catay* (33, 2020, pp. 35-59), nos habló de cierta imposibilidad o inconveniencia de las utopías benefactoras, lo refiere con un ejemplo también ofrecido desde la filosofía del Tao, donde nos explica que al ponerse en práctica toda idea de excelente trazado conceptual, en dicha aplicación, aparece la desventaja de que quien la lleva a cabo son personas, el hombre, el humano, que se caracteriza en su esencia por su capacidad racional, sí, pero que en acto se define por su imperfección intelectual y moral. Por ello, toda utopía al ponerse en acción, al emplearse o ejecutarse, produce un efecto que distorsiona la realidad social, al querer suplantarla, y lamina

a cualquier ente vital al que se prejuzga que no tiene cabida en la nueva existencia (sustantividad) a conquistar, que se quiere convertir o mudar por extensión y con afán ideológico. De modo que este proceso de una vida mejor se construye mediante cercenamiento de personas, que, es posible, nunca queden en el olvido si la tabla rasa aplicada no es absoluta, mientras que la estructura del nuevo cuerpo social y económico, su resultado, queda a expensas de un acierto dependiente siempre del propio hombre, de su sustancia (naturaleza) no completa, sino inexacta.

Los artículos de José Ramón Álvarez ilustran sobre el componente no racional de la cultura (y política) china, digamos tradicional, contenida en el Tao; nos remiten a un aconsejable «dejar hacer» al discurrir de la vida y del tiempo histórico. En tanto, si miramos hacia la cultura occidental, aparece anclada al valor categórico de lo racional, que ha llevado a una intervención programada sobre la realidad para modernizarla, a partir de una conducción teórica por medio de numerosas creencias e ideologías, teorías políticas, sistemas sociales y económicos, de lo cual surgieron doctrinas hoy en día reconocibles y todavía aplicables, ideales y absolutas, como el socialismo, el comunismo, el anarquismo o el fascismo<sup>1</sup>. Movimientos políticos (con su ontología) muy atractivos para quienes los asumen (el individuo pretendidamente libre), los defienden y los quieren poner en uso. Recordemos que con anterioridad, el liberalismo (apegado al capitalismo) se abrió camino en el mundo contemporáneo con las mismas ambiciones revolucionarias desencadenantes de ajustes sociales y humanos que todavía en la actualidad muestran heridas no cerradas, aunque se piense que dieron a la sociedad occidental una calidad de vida comunal e individual incuestionable. Se piensa que los avances económicos, de libertad y de confort, desde la llegada del liberalismo han sido enormes según se ha

---

[1] Sistemas políticos que han tenido sus incursiones en oriente desde el siglo XIX, y en otros ámbitos, con repercusiones que habría que analizar y valorar.

venido comprobando a través de nuestras observaciones estadísticas y desde nuestras experiencias personales.

Aparentemente en occidente hemos visto instalado un mundo perfeccionado, que, *per se*, quiere corregirse y superarse sin descanso por medio de algunas de esas ideologías citadas con anterioridad, la mayoría con contenido de progreso y de pluralidad, que han conseguido acotar con intervalos de poder propios (socialista, fascista, comunista) la etapa histórica del liberalismo imperante en el mundo desde la revolución francesa. Lo racional y lo ideológico son señas de identidad de nuestro Occidente. Aquí, nos movemos en continuos vaivenes y ensayos políticos, sociales y económicos. Percibimos que las ideologías se defienden por medio de los partidos políticos, que trasladan a los habitantes del planeta, sus ideas junto a la necesidad de aplicarlas. Muchos de nuestros semejantes se convierten en paladines de esos pensamientos tras interiorizarlos; después los explican, a los demás, e incluso, por inercia, quieren imponerlos a esos sus congéneres con la ayuda de la fuerza de la razón, de su razón y de su raciocinio. Se establece así una lucha dialéctica entre personas que alcanza a la vida real y a la *amistad*. La utopía, los valores absolutos, se convierten en modos de ser, de identificación de la persona que se realiza a sí misma por encima de la visión del otro —si no coincide en el ideario, se le descalifica—. Surge la segregación y la desavenencia más firme.

En este contexto social occidental tan alterado se encuentra nuestro país, España, aquí el debate ideológico y la segmentación social están en marcha sin retorno. Lo hallamos en todos los ambientes (tal vez, no en todos, pues en el que yo me muevo, el taurino, por ejemplo, no se da de forma totalitaria, al sustentarse éste en una comunidad basada en la fe que encierra y transmite el sagrado culto taurino). En ese espacio sociológico señalado se vive de manera incómoda, por el hecho de darse en el trato humano una perpetua calificación del diferente en

torno al modo de pensar, una coyuntura que anula lo fundamental de cada persona, digamos, el hondón psicológico adquirido en el devenir vital desde que se nace y que en todo humano es estrictamente diferente. La imposible igualación psicológica y antropológica entre hombres y mujeres no cuenta para los detentadores de las verdades absolutas de las distintas ideologías (derecha e izquierda). En occidente, es así. El cálculo racional imperante lo exige y cobra su precio. Otras culturas caminan por otro lado, no digo que sean mejores por ello. Y no olvidemos que unas culturas han querido influir en otras y quieren alienar con sus idearios.

Nos parece interesante, en cambio, aquello que nos hace reflexionar —referido al comienzo de este escrito— sobre lo que aporta la cultura oriental a la universalidad, y que particularmente ha discurrido por los senderos del Tao, con sus enseñanzas de la No Acción y la sabiduría —hablábamos al principio del gobernante—, de dejar hacer, dejar que el mundo fluya, y el dejar pasar —no intervenir traumáticamente— para que suceda el acontecer (ante los conflictos). Una singularidad de la cultura china apoyada al Tao. Una cultura, la china, que no cuenta en occidente, que no se la considera, que no se piensa merezca ser valorada o se la desconoce. Si somos fríos observadores de lo que ocurre en occidente hoy, la impresión es que el comportamiento de la ciudadanía toma una senda incomprensible. Después de tantas revoluciones en el mundo contemporáneo, de implantación de ideologías, de imposiciones, de tablas rasas, de muerte y de sangre, resulta que todo conduce a ver a los humanos en un reino de libertad autista (con sus protectores), de deseos utópicos de motivación animalista, de la extensión del *mascotismo* —una lacra social e individual—, de deshumanización, de relativismos culturales y de desintegración de los logros culturales históricos adquiridos que son rechazados desde esos credos citados que han llegado a un final de ciclo pues el mundo del trabajo —esa herramienta

que dio estructura a la sociedad que hemos conocido— se ha transformado y desfigurado. Es un mundo que no hay manera de entender ni de explicar, según mi criterio. Aparecerán en el futuro filósofos que nos digan qué está sucediendo y nos aclaren las causas de este derrotero de consecuencias que no alcanzamos —según estimo— a comprender ya iniciado el siglo XXI. Sospecho que sería deseable que todo se rehiciera y se tuviera que comenzar de nuevo, desde antes del primigenio origen, es decir, la creación de una nueva sociedad, pero *ipso facto*, porque los parámetros que sustentan la actual no dan para más y las cosas se inclinan a nuestra vista, hacia una razón no armónica, no comprensiva, sostenida por hombres incapaces de ser realmente independientes, defensores de un progreso innecesario y mal entendido y mantenedores de empeños monolíticos nacidos de creencias e ideologías declinantes.

*José Campos Cañizares*  
Madrid, 21 de febrero de 2024  
Subdirector, Encuentros en Catay